

Los oidores acompañaron hasta la puerta á los comisionados y los despidieron renovándoles la promesa de orillar el conflicto para apoderarse de Iturrigaray.

III.

Luego que Jáuregui y el brigadier se alejaron, don Gabriel del Yermo que habia escuchado la conversacion desde la pieza inmediata, salió al encuentro de los oidores.

—Ya lo habeis escuchado, caballero, y no pondreis en duda la legitimidad de nuestras pretensiones.

—Es negocio concluido, preparémonos para la revolucion, la gente toda de mis haciendas está organizada, solo espera mis órdenes para acercase á la capital.

—Ahí teneis recado de escribir, el correo está á vuestra disposicion, lo enviaremos por extraordinario.

Don Gabriel del Yermo se acercó al bufete, mientras Aguirre, Bataller y Martiñena conversaban con acaloramiento sobre el asunto.

—He aquí mi correspondencia, envidad desde luego al correo y dentro de poco tendreis á la puertas de la ciudad á mi gente.

—Toda es de fiar?

—Toda, señores oidores.

—Es que los paisanos pueden acobardarse á los primeros disparos.

—Descuidad, dijo Martiñena, he hablado con un oficial que está resuelto á abrazar nuestro partido y espera que los señores oidores le señalen el momento; es un jóven atrevido y que odia terriblemente á Iturrigaray.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Es necesario no olvidar, dijo Bataller, que Iturrigaray ha mandado traer del canton de Jalapa, al regimiento de infante-

ría de Celaya, y de Tierra Adentro al de caballería de Nueva Galicia.

—No hay mas que anticiparnos, dijo Yermo, porque la empresa crece en proporcion que los elementos contrarios se multiplican.

Aguirre, que era vivo y desconfiado, manifestó ser de la opinion de Yermo y opinó por interceptar los correos de Iturrigaray.

—Yo me ofrezco á ello, dijo Martiñena, porque sé á la hora en que debe salir el extraordinario, pero no puedo comprometerme sino á la mitad del plan, por ser distintos rumbos los que llevan los correos.

—De cuál os encargais, señor de Martiñena?

—Me es indiferente.

—Os encargo el del camino de Puebla.

—Aceptado.

—Pues en marcha, porque la hora se avanza.

—Ya es tarde y ojalá que no lo sea para nuestros planes.

—Adios.

—El os guarde.

IV.

A las dos horas de esta entrevista, unos ginetes tomaban el rumbo de San Lázaro y otros el del *Interior*.

Sigamos á los del camino de Veracruz que se detuvieron á desayunar en una venta.

—Muchacho, adónde te diriges?

—Señor, voy hasta Jalapa con unas comunicaciones interesantes para el señor que manda las tropas del Canton.

—Allá voy precisamente.

—Seremos compañeros.

- Vas muy de prisa?
- Como que voy de extraordinario.
- Y no sabes lo que contienen esos papeles?
- Creo adivinarlo.
- Dílo si no crees comprometerte.
- Me llamaron al palacio, yo entré al cuarto donde un señor escribía y oí la conversacion que tuvo con otro señor militar.
- Preparad alojamiento para esas tropas.
- Sí, mi general, respondió el gefe, y luego preguntó: para cuándo estarán en México?
- Para el 16 de Setiembre.
- Estamos á 9, dentro de seis dias.
- No hay duda, la cuenta sale cabal.
- Segun dijeron esos señores, queria S. E. el señor virey que no se detuvieran ni un solo momento; hablaron algo de temores y no sé que otras cosas que yo no puse cuidado.
- No importa.
- La patrona habia estado escuchando la conversacion y salió inmediatamente á la vía carretera:
- José! gritó con voz sonora.
- Acercóse un indio, jóven y robusto, con una cara de malicia y socarronería pronunciadísima.
- Qué quieres, señora? preguntó quitándose el sombrero.
- Marcha violentamente á México y busca á tu *ama*, dile que han llegado dos caballeros y que he sabido que va á haber novedades, porque mandan por las tropas de Jalapa.
- Está bien, señora.
- No se te olvidará?
- Pierda cuidado su merced.
- Toma este peso para lo que necesites en el camino y márchate.

El indio entró en la cocina, hizo el *itacate*, acopio de provisiones, y atravesando las veredas se descolgó al Valle de México.

La patrona comprendió desde luego que el correo era seguido por el caballero, quien habia averiguado el objeto de su mision.

—Traed mas vino, patrona!

—Aquí está un catalan de lo mejor, señores.

—Vamos, muchacho, toma un trago, que tenemos mucho que andar.

—A la salud de su merced.

—A la tuya, chico.

Continuó el almuerzo y los pasajeros menudeaban los tragos que era un contento.

El pobre correo comenzó á atarantarse hasta el grado de perder la cabeza.

—Veo que tienes gana de dormir.

—Una poca, señor amo.

—Pues durmamos para proseguir nuestro camino.

—Me conviene.

El correo recostó su cabeza en una de las bancas de la fondita y roncó como un patriarca.

La fondista se puso á acechar desde la puerta que daba á las piezas interiores.

Luego que el caballero se creyó solo, esculcó al correo y le robó la correspondencia; pidió su caballo inmediatamente y huyó á todo escape rumbo á la capital.

Pasaron tres horas cuando el correo se despertó, vió que el sol estaba muy alto, y sin acordarse de su compañero de viage, montó á su vez á caballo y partió á todo escape con direccion á Puebla, sin notar el robo de la correspondencia.

V.

Sigamos á los ginetes del Interior que caminaban á toda prisa.

Llevaban medio día de camino, cuando un caballero les dió alcance.

—Muchacho, eres el correo del gobierno?

—Sí señor, dijo el mozo con muestras de profundo respeto.

—Sacá tus papeles, que ha habido una equivocación en los pliegos.

El correo no sospechó que aquello era una trama, y con el candor de todo un hombre de bien, entregó los pliegos cerrados al caballero, que los cambió por otros al portador.

—Marcha, aunque te advierto que ya no es necesario que te apresures tanto.

—Está bien, señor.

—Toma, hijo mío.

—Gracias, señor, dijo el correo tomando las monedas que le ofrecía la liberalidad del caballero.

El mozo azotó su caballo y á pocos instantes se le vió encumbrar las cuestas que forman el camino del Interior.

—Ya he realizado mi plan, ese hombre lleva las cartas de Urías, buena la va á llevar cuando entregue los pliegos en blanco que le he cambiado por la correspondencia de Iturriagaray.

El caballero rompió los sobres y se impuso del contenido de las comunicaciones; nada se traslucía por las órdenes, estaban redactadas en ese sentido altanero de los déspotas militares y nada más.

—Cuando se averigüe el caso ya no habrá remedio, ganamos por lo menos seis días, ese es nuestro plazo.... demonio! eso de tirar á un virey, es mucho cuento.... malditos oidores.... pagan tan bien, que se les puede servir de rodillas.... en algo me había de entretener.... al ménos ya tengo para darle con que vivir á mi inolvidable condiscípulo Pedraja que tiene trastornado el sentido.... ¡pobre hombre!.... enloquecerse por una mujer!.... es necesario haber estado ya loco desde el vientre de.... pero en fin, no vale la pena una mujerzuela que se

larga con otro para llorarla día y noche.... ese hombre no tiene remedio, sabe á mas no dudar que la novia se le escapó con un don Félix, y todavía cree que.... doce años de sufrir, pues digo.... de que la luna está en creciente el hombre se hace insoportable, quiere matar á todo el mundo; ¡y dónde demonios andará que hace tres noches se me ha escapado de la casa?.... es necesario buscarle.... estoy satisfecho de haber cumplido con la comisión de los oidores, voy á pedir un empleo luego que triunfemos y seré algo, comeré de la nación y me pagarán con el dinero de las contribuciones, y me casaré con ella.

Embebido en estos jardines iba el viajero, cuando de pronto cuatro ginetes le rodearon.

—De dónde venís? le preguntó un enmascarado.

El sorprendido no pudo articular una palabra.

—Hablad, ú os levanto la tapa de los sesos.

—Señores, perdon, le he sacado al correo los pliegos con engaño; pero estoy arrepentido: aquí están los papeles, tomadlos, os juro que no los he leído.

El enmascarado se hizo de la correspondencia.

—Sabeis que os podemos ahorcar por ladrón en un palo del camino?

—Sí lo sé; pero no deseo que lo ejecutéis.

—Quién os ha enviado?

—El señor oidor Bataller.

—Bien; marchaos y decidle que por miedo de no ser sorprendido, habeis roto los papeles.

—Mil gracias, señores, y adios.

Ligero como el relámpago huyó por la carretera, envuelto en una nube de polvo.

—Son unos miserables, reverendo padre.

—Sí, la Audiencia conspira incesantemente contra el virey.

—Volvámonos á México, esta noche precisamente tengo una

junta con los señores abogados Azcárate y Verdad; esos hombres quieren la felicidad de México, yo los amo y los respeto.

—Reverendo padre, el señor canónigo Beristain está de acuerdo con nosotros.

—Como lo están todos los hombres honrados.

—Afortunadamente hemos sorprendido una de tantas infamias de la Audiencia.

—Sí, amigos míos, la casualidad nos hizo presenciar la escena de ese bribón.

—Padre Talamantes, vos sois muy benigno, yo hubiera colgado á ese ladrón.

—No está bien esa crueldad con los miserables instrumentos de ese poder; ellos no hacen sino seguir las inspiraciones de aquellos que los subyugan.

—Es verdad.

—Comprendereis por estos pliegos que S. E. el virey teme una conspiración, y se pone en guardia.

—Esta misma noche le remitiremos al virey esta correspondencia para que esté sobre aviso.

—Reverendo padre, la Audiencia es terrible.

—Veo venir una tempestad preñada de rayos, algunas cabezas van á caer dentro de pronto; Dios no lo quiera, pero el suelo de la patria va á ensangrentarse.

—Sabremos á qué atenernos.

—Amigo mío, dijo fray Melchor de Talamantes, nadie sabe donde termina el curso de los sucesos: los ríos caminan al abismo del mar, como los hombres y los pueblos al abismo de su destino. Nuestra misión es la templanza: inclinémonos al lado que traiga menos querellas, facilitemos algún respiro á los que padecen, y enjuguemos las lágrimas del esclavo.

—Sí, del esclavo, dijo el interlocutor; ya es necesario aprovecharnos, como vos habeis dicho en otras ocasiones, de la revolución de España, para variar nuestra condición; la América

es hoy la caja que provee á las necesidades de la Península: tenemos en nuestras manos una situación, no la dejemos escapar.

—Callad! no os adelanteis á la marcha del tiempo----- esperad----- esperad!

Fray Melchor de Talamantes era un venerable sacerdote, dotado de un corazón virtuoso, donde resplandecía el amor á la patria. En medio del caos en que se envolvía la situación, aquel hombre percibía la antorcha luminosa de una idea: aquella idea apenas delineada en su cerebro, era la de la *independencia*.

Fray Melchor de Talamantes secundaba el pensamiento de Verdad y Azcárate, de cortar esa cadena que ataba á los dos mundos, bajo el pretexto de rechazar la dominación francesa.

La caravana que había sorprendido al enviado de los oidores, entró al cerrar la noche por la puerta Norte de la ciudad.